

# PINOCHO

AÑO. IV  
NUM. 195

25 cts

11 NOVIEMBRE  
1928



- HE DESCUBIERTO QUE PARA QUE NO LE ACOMETA A UNO UN TORO LO MEJOR  
- ES ESTAR SENTADO.  
- ¡HOMBRE!  
- ¡SI, SENTADO EN LA COPA DE UN ÁRBOL!

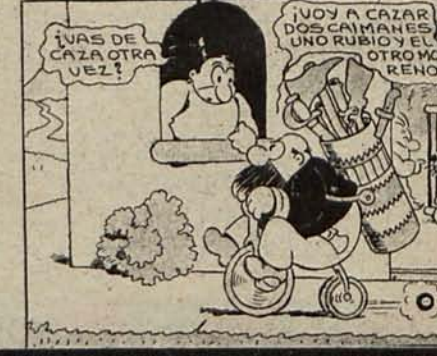
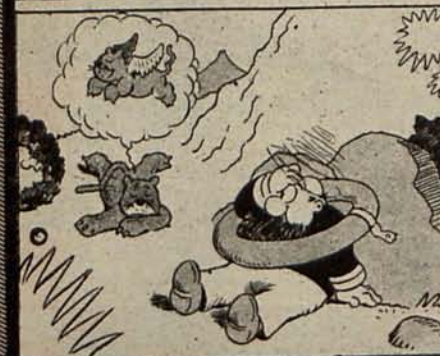
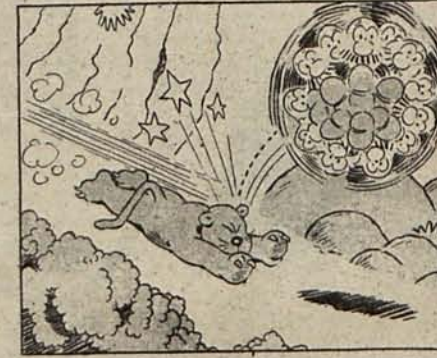
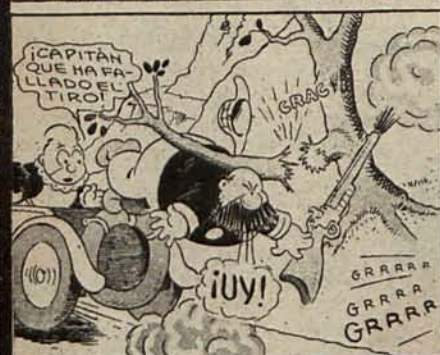


# PINOCHO

SEMANARIO INFANTIL QUE PUBLICA LOS DOMINGOS LA EDITORIAL «SATURNINO CALLEJA» S.A.-ADMINISTRACIÓN, CIERRE Y TALLERES: S. SEBASTIÁN.-ADMINISTRACIÓN, CORRESPONDENCIA Y SUSCRIPCIONES: MADRID, CALLE DE VALENCIA 28, APARTADO 447.-SUSCRICIÓN: ESPAÑA Y AMÉRICA, AÑO 13 PTS. OTROS PAÍSES AÑO 23 PTS.



## La Tormenta y el Ciclón o Hazañas de Tin y Tón







# EL AVION NEGRO

## NOVELA

Por

ALBERTO ORS

(Continuación.)

—Vengo del despacho del Czar, el cual tiene siempre delante la sentencia de muerte de los «Hermanos del Silencio». Mañana

tendrá lugar la gran revista militar; pero los culpables aún no se han encontrado. Poco costaría el inventarlos, condenarlos, suprimirlos; ¿pero qué nos asegura que la sentencia se cumplirá mañana? Y entonces, ¿qué será de nosotros?

El jefe de Policía hablaba con voz reconcentrada y temblorosa.

—Cálmate —le dijo Godunov fríamente—; no hay nada perdido. Un accidente imprevisto me ha detenido momentáneamente en el camino; pero por eso no dejaremos de llegar a tiempo.

Los ojos de Godunov expresaban tal seguridad y confianza, que Kuravief se tranquilizó.

—¿Has hecho registrar las guaridas de Pedro Kutorovic?

—He enviado espías disfrazados de obreros. No he querido despertar mayores sospechas, esperando cogerlos así mejor en la trampa; pero ellos no han vuelto a dejarse ver.

—¡No hagas nada! —dijo Godunov resueltamente—. ¡Déjame solo; antes de que llegue la noche estarán en nuestro poder!

—Acuérdate de que si no fuese así, yo me levantaré la tapa de los sesos —respondió Kuravief.

—No temas —le dijo Godunov con una singular sonrisa—, no serán tus sesos los que salten...

¿Por qué Godunov había querido quedarse solo? Probablemente, ni él mismo lo sabía. Es que necesitaba coordinar sus ideas. El fracaso sufrido habíalo trastornado mucho, y el misterio en que estaba envuelta su malhadada aventura arrojaba en su alma una sensación de oscuro terror. Pero Godunov no era hombre que se dejara vencer por prejuicios y supersticiones; de cualquier naturaleza que fuese la jugarreta que habíale hecho en la casa de campo, juró a sí mismo el vengarse atrozmente, y meditaba el modo de apoderarse, en una misma expedición, de los odiados cómplices y del condenado profesor. ¿Pero de qué manera? Si él conocía el escondrijo de los fugitivos. ¿cómo obligarle a hablar y, sobre todo, cómo guardarse de un hombre que parecía poseer algún poder diabólico?

Hacía ya algún tiempo que estaba Godunov devanándose los sesos inútilmente, cuando su fiel ordenanza abrió la puerta.

—Un desarrapado, un zingaro, desea hablar con usted. Yo he querido arrojarle de aquí; pero ha insistido tan obstinadamente...

—¿Un zingaro?

Godunov no tenía ninguna relación con los zingaros. El gobierno ruso no admite que los zingaros establezcan su morada en el imperio del Czar; pero los tolera porque están protegidos por el pope, si bien no tienen ninguna religión. Viven, en grupos de cinco o seis familias, lejos, en los bosques, como el de Párgolowo, en donde cavan una gruta que les sirve de asilo y sobre la cual levantan un techo de ramas y de pieles de animales. Bajo el pretexto de vender sus mercancías por el campo, roban el ganado; pero casi siempre están en lucha con la Policía.

—¿Qué motivo hará venir a un zingaro aquí? pensó Godunov. Pero en el estado de ánimo en que se encontraba, todo le era útil, aun cuando no fuese más que como entretenimiento.

—Haz pasar al zingaro —le dijo al soldado.

El zingaro entró.

Era un joven de unos veinte años, vestido con el traje característico de su raza; largos cabellos, que cubríanle todo el cuello; larga casaca con botones de plata en forma de campanillas; ancho cinturón de cuero, calzones de piel de carnero y altas botas; sobre las espaldas llevaba una gran piel de oso.

—¿Quién eres y qué quieres?

—Soy Patko, uno de los zingaros de Samarkanda, y vengo a prestarte un servicio.

Los zingaros son ávidos de dinero y Godunov creyó que éste quería venderle caro el sol del mes de julio.

—Has perdido el tiempo; yo no te daré ni un kopek, y si has de decirme algo que pueda interesarle a la justicia del Czar, me lo dirás lo mismo, si no quieres que te encierren en la cárcel.

Los ojos de Patko relampaguearon.

—Si no quisiera hablar, no hablaría, aun cuando me hicieses quemar a fuego lento..., y tampoco habría venido aquí...

Estas palabras fueron pronunciadas en tono de impávida resolución.

—No me amedrentan tus tormentos ni necesito tu oro; no me guía más deseo que el de vengarme de Zegedin.

—¿Quién es Zegedin?

—La hija de Zub, el voivoda de nuestra tribu.

—¿Y qué es lo que te ha hecho tu Zegedin?

Patko se sonrió siniestramente.

—Aún no es mi esposa; pero lo será, porque esa fue su promesa.

—¿Y no la ha mantenido?

—No —respondió Patko con voz sorda—. Zegedin amenaza con infringir una de las tres sagradas leyes de nuestra estirpe.

—¿Qué leyes?

—No abandonar nunca a la tribu, permanecer siempre fiel a sus costumbres y no abdicar de la vida nómada...

—¿Qué más?

—Pagar las deudas a los de la tribu, sin considerar



como obligación los compromisos contraidos con otros...

—¿Y la última?

—Conserva la fe conyugal y no unirse con ningún extranjero.

—¿Y Zegedin se ha unido con algún extranjero?

—No; pero amenaza con hacerlo.

—¿Quién es ese extranjero?

—Un príncipe a quien tú buscas y que viaja en compañía de otro y de dos jóvenes. ¿Eres tú el capitán Godunov?

—Sí.

Pues bien; tú amas a una de esas dos jóvenes, a la que se llama Vera. Esta te odia y ha jurado vengarse de ti.

Godunov, que había escuchado las palabras del zingaro con grandísima atención, aunque disimulando la ansiedad interior que le agitaba, púsose en pie como disparado, y agarrando una mano de Patko, dijo con voz imperiosa:

—Llévame inmediatamente a donde están ellos...

Patko no se lo hizo repetir dos veces. Sus ojillos negros echaron chispas.

—Están en Samarkanda —dijo—, ocultos en un subterráneo.

Godunov ardía en impaciencia. En pocos minutos hubo ordenado las disposiciones necesarias, y poco después partía acompañado de Patko por el bosque de Párgolowo, a la cabeza de un pelotón de cosacos montados sobre magníficos caballos. El plan de Godunov era muy sencillo.

Al pasar por el bosque hizo rodear la casa de campo, con la orden de no dejar entrar ni salir a nadie, y después lanzóse a galope tendido por el camino de Samarkanda.

Patko habíase adelantado al pelotón una media versta. Jadeante y con el terror pintado en el rostro, penetró en la cabaña gritando:

—¡Hay que ponerse en salvo! ¡Los cosacos!

—¿Qué dices? —exclamó Zub.

—Que los cosacos vienen a castigarnos por haber dado asilo a los terroristas. Escucha. ¿No oyes el galope de caballos?

—¡Traidor! —exclamó Zegedin, lanzando a Patko una terrible y fulminante mirada.

En este momento Godunov apeábase del caballo a la puerta, haciendo con los suyos irrupción en la cabaña. Prodióse un gran revuelo en toda la tribu; mujeres, viejos y niños se agruparon alrededor de los cosacos.

—¿Qué es lo que queréis? —le dijo Zub a Godunov—. ¿A quién buscáis en mi cabaña?

—Vas a entregarme inmediatamente, viejo bribón, a los culpables de alta traición que tú has acogido en tu zaquizamí, si no quieres ser apaleado y quemado vivo...

Zub levantó sus ojos al cielo, expresión de humildad hábilmente fingida.

—¡Quien te ha dicho semejante cosa, señor, te ha engañado vilmente!...

—¡Silencio, canalla! —gritó Godunov—. Emplea las palabras para responder a lo que te pregunto. ¿En dónde están los culpables, dos hombres y dos mujeres, a los cuales has dado un refugio?

Zub levantó las manos al cielo con un gesto expresivo.

—Te han informado mal, señor —repitió—. Aquí no hay ningún extranjero.

—Esta —exclamó Godunov mirando a Zegedin, la cual asistía a esta escena muda y ceñuda—, ésta podrá darme algún indicio útil. ¿En dónde están tus amigos?

—No lo sé —respondió la joven, sosteniendo con fiera la mirada de Godunov.

—¡Ah, ah! —gritó el oficial— ¡Parece ser que aquí se burlan de mí! ¿Queréis todos, canalla de mala ralea, probar el knut de manos de mis cosacos?

Godunov giró a su alrededor sus ojos relampagueantes de cólera. Todos los zingaros temblaron.

—¡Custodiad la puerta! —rugió Godunov con voz de trueno—. ¡Que nadie salga!

Y seguido por dos cosacos bajó la escalerilla que conducía a la trampa, debajo de la cual estaban ocultos los cuatro amigos.

—Cuando haya encontrado a los que busco —añadió Godunov— os haré pagar caro vuestro delito. Vuestra cabaña será pasto del fuego y vosotros arderéis con ella, asquerosos malhechores.

Zub, temblando por la suerte de su hija, pero resuelto a defenderse, así como hasta el último de su tribu, había seguido a Godunov. Patko, lívido, evitaba las miradas de Zegedin, la cual habíase plantado resueltamente sobre la trampa, disimulada en el pavimento, para defenderla a todo trance... Zub púsose valientemente al lado de su hija. Los demás zingaros presenciaban, prontos a defender a su jefe.

Godunov abarcó la situación de una ojeada. Sus quince cosacos, armados hasta los dientes, pronto darían buena cuenta de toda aquella turba de desarraigados, y Godunov moríase de ganas de hacerles probar el knut o las puntas de las picas cosacas. Sin embargo, el rápido y feliz éxito de la empresa valía la pena, y Godunov se contuvo.

Zegedin tenía al lado a Patko, el cual, con disimulo, advertíale por medio de señas al oficial que la trampa sobre la cual estaba la joven era la que cerraba el escondrijo de los terroristas.

—¡Vill! —le susurró Zegedin al oído con acento desprecioso.

—¡Bueno! —respondió Patko estremeciéndose y con los ojos bajos—. Si yo soy un vil, tú has hecho traición a la tribu. ¿Crees que no conozco tus salidas nocturnas de la cabaña para ir al Palacio de Invierno?

Zegedin no respondió; pero pareció envolver al traidor en una mirada de profundo desprecio.

—¡Fuera de aquí! —ordenó Godunov al voivoda y a su hija.

—Nosotros no nos moveremos de aquí —dijo Zub tranquilamente.

—¡Fuera de aquí! —repitió Godunov con voz tonante.

—Ya te he dicho —respondió el zingaro con la misma calma— que no nos moveremos de aquí.

—¡Desgraciados! —rugió Godunov—. ¿Es que queréis morir?

(Continuará en el número próximo.)



# ANITA

## BUEN-CORAZON







# EL PARIA DE EL GUZZERATTE

CUENTO POR E. SALGARÍ

(Continuación.)

»El muchacho me miró con un estupor imposible de describir, y luego me dijo con voz casi avergonzada:

»—¡Señor... soy un paria!

»Para quienes no lo sepan, los *parias* en India son los seres más despreciados, los indios les miran con temor y nunca osarían acercarse a ellos ni darles hospitalidad. Les consideran peor que a los leprosos y todos se consideran con derecho a maltratarles y aún a matarles si no se acogen a la ley inglesa. Son, en fin, seres desgraciados, cuyos abuelos, por causa mejor o peor fundada, fueron excomulgados, y aquella maldición no sólo les toca a ellos, sino a sus descendientes.

»Si aquel muchacho era un paria, entonces no era probable que hubiera recibido ningún encargo de los rebeldes, pues éstos prefieren antes servirse de un ladrón que de un ser tan despreciable a sus ojos.

»—¡Salve a mi padre, señor oficial, y nuestra vida será suya —me decía el muchacho.

»—¿Quién es el que atormenta a tu padre?

»—El comandante de un grupo de rebeldes.

»—¿Y por qué?

»—Porque protegió a una familia inglesa que le había favorecido.

»—¿Te acuerdas del nombre de esa familia?

»—La del capitán Lalland.

»Debí palidecer y senti

que me palpitaba el corazón. El capitán Lalland había sido compañero mío y el año anterior prestamos juntos servicio en la décima compañía de lanceros de Bengala. Ella era una mujer adorable y ambos tenían un niño de cinco o seis años, rubio como un querubín.

»—Muchacho —le dije con voz conmovida—, ¿me juras que tu padre ha protegido la fuga del capitán Lalland?

»—Lo juro, señor oficial.

»—¿Dónde está la esposa del capitán?

»—Está escondida en el bosque, en un lugar que sólo sabe mi padre. El jefe de los rebeldes, que es un lugarteniente de Nana Sahib, parece ser que sentía un profundo rencor contra el capitán, y, enterado de que mi padre le había puesto en salvo, con su esposa e hijo, le cogió preso y le atormenta para que confiese dónde está escondido.

»Ya sabíamos bastante.

»Monté a caballo, hice que se sentara tras mí el muchacho, recomendándole que se apretase a mí, y grité a mis hombres:

—Preparad las armas y tenerlas prestas para disparar.

»Partimos al galope siguiendo las indicaciones que de vez en cuando me daba el chiquillo. Mi columna se componía sólo de veinticu-







tro jinetes, pues tuve que dejar otros tantos en otro punto que parecía amenazado por los rebeldes.

»Todos eran soldados valerosos que habían entrado muchas veces en fuego y montaban caballos árabes que parecía tenían mercurio en las venas.»

—Al llegar a este punto, Jol Hart se detuvo para encender otro *londres* y beber otra copa de *sherry*; después continuó:

—Ya conoce usted los bosques de la India y sabe la gran dificultad que hay para atravesarlos a pie; puede imaginarse lo que pasaríamos para hacerlo a caballo.

»No obstante nuestra impaciencia, nos vimos obligados pronto a apearnos y a guiar por las riendas a nuestras cabalgaduras.

»No debíamos estar, sin embargo, muy lejos del lugar del suplicio. De vez en cuando llegaban, debilitados por la distancia, algunos gritos y redobles de *gong*, un disco de bronce, que los indios tocan con un martillito de madera; ese sonido se propaga mucho mejor que el de cualquier campana.

»—¡Poco a poco! —dije a mis hombres.— Colgad las lanzas de las sillas y coged los fusiles. Las armas de fuego hacen más efecto a los indios que las blancas.

—Atravesamos con gran fatiga la última parte del

bosque, y, al fin, nos hallamos al margen de una explanada, en medio de la cual se alzaban unas cuantas miserables cabañas agrupadas en torno a una vieja pagoda semiderruida.

»Unos cincuenta indios, armados de carabinas, cimitarras y lanzas, circundaban un gran árbol, riendo a carcajadas y gritando:

»—¡Hop!, ¡hop!, ¡otro golpe y escupirá!

»Colgado de la punta de una rama bamboleaba un pobre viejo, que lanzaba gritos estridentes y se retorció desesperadamente.

»Tenía la cara congestionada y los ojos parecía que se le iban a salir de las órbitas. Sus verdugos le habían atado un alambre por el vientre, y, valiéndose de cuerdas, le balanceaban adelante y atrás con extrema violencia. El mismo peso del desgraciado iba oprimiendo cada vez más el lazo, amenazando cortarle el vientre. El suplicio debía ser terriblemente doloroso a juzgar por los desgarradores gritos que lanzaba el viejo.

»—¡Padre mío! —sollozó el muchacho.

»Los indios no se habían percatado aún de nuestra presencia.

»Nos montamos a caballo y emprendimos veloz carrera, haciendo fuego con nuestros mosquetes.

»Al oír aquellos primeros tiros, los indios se dispersaron, dejando algunos muertos, y desaparecieron por el bosque, donde tenían sus caballos.

»Un galope furioso me advirtió de que se habían puesto en salvo.

»Corrimos hacia el árbol, de un sablazo corté el alambre y recibí en mi brazos al pobre viejo paria. El desgraciado me dirigió una profunda mirada de agradecimiento y después quedó desvanecido.

(Continuará en el número próximo.)







# DE COMO PASAN EL RATO CURRINCHE Y D. TURULATO



DON TURULATO, DEME USTED UNA PERRA

¿OTRA? YA TE DI UNA EL AÑO PASADO ¿QUÉ HAS HECHO DE ELLA?



AQUELLA PERRA ERA FALSA Y FUI A COMPRAR PILONGAS Y EL TENDERO LA CLAVÓ EN EL MOSTRADOR

¡BIEN HECHO! ASÍ APRENDERÁS A NO MALGASTAR EL DINERO. ES USTED UN DERROCHÓN SEÑOR CURRINCHE



HE DICHO QUE NO HAY PERRA, Y QUE A LA CAMA AHORA MISMO. ¡COMO SE ME HINCHEN A MI LAS NARICES SE LO VOY A DECIR DE OTRA MANERA! ¡DERROCHÓN! ¡DILAPIDADOR! ¡PILONGUISTA!



NO HAY PEOR COSA EN ESTE MUNDO QUE TENER QUE VIVIR CON UN TIO TAN TACAÑO COMO USTED

¡A CALLAR Y A DORMIR!



AHORA QUE RONCA COMO UN CEPORRO ES LA OCASION DE DAR EL GOLPE. ¡ÁNIMO, CURRINCHE!



EN ESTE CAJÓN TIENE UN SERVIDORITO GUARDADO UN IMÁN QUE ATRAE LOS METALES CON SOLO MIRARLOS. ¡JI, JI! ESTOY VIENDO A DON TURULATO EN LA RUINA



¡POBRECILLO! ¡COMO RONCA! ¡SI SUPIERA QUE DENTRO DE UNOS SEGUNDOS VA A ESTAR MÁS POBRE QUE LAS RATAS!...



EN ESTA HUCHA ES DONDE GUARDA DON TURULATITO SUS AHORROS



¡MENUDA PESCA HE HECHO!... ESTO A MI NO ME SORPRENDE PORQUE UNA VEZ YA ME DIÓ UNA GITANA: "TU SERÁS MULTIMILLONARIO PATITAS DE BAILAOR"... Y YA VEIS COMO HA ACERTADO



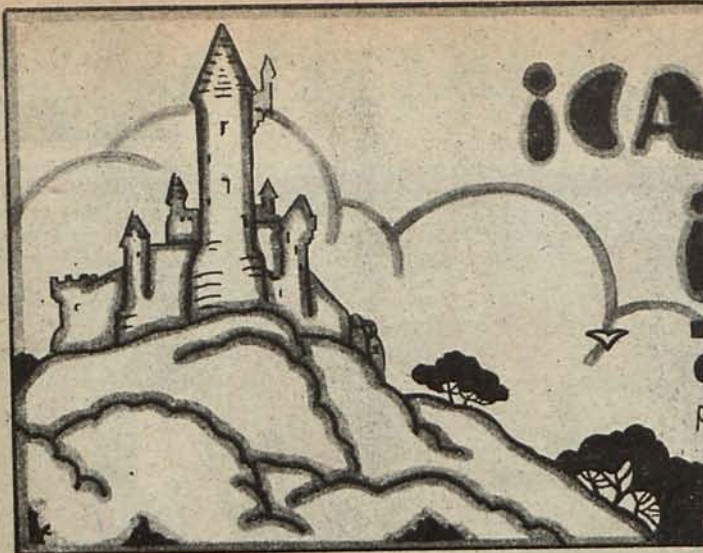




# COLORÍN y su PANDILLA







# ¡CATAPLAM! ¡CATAPLUM!

CUENTO DE CALLEJA DE LA  
NUEVA SERIE "BARBILÓN"

I

**E**N muy lejanas edades, cuando Pulgarcito recorría el bosque, Caperucita engañaba al lobo, Barba Azul mataba a sus esposas, y selvas y caminos estaban infestados de ogros y de bandidos, existía en un remoto país un castillo, asentado en tan alta y escarpada montaña, que únicamente las águilas podían, sin permiso del dueño, el muy poderoso Barón de Alto-Roble, echar un vistazo de conjunto a los formidables baluartes y contar sus almenas. Y cuentan que desde la Torre del Homenaje, que en un ángulo del fuerte alzaba al cielo su soberbia fábrica, podían matarse impunemente de certeros saetazos tales voraces aves de rapiña.

Los flancos y laderas de la montaña estaban cubiertos de espesa selva, tan enmarañada y oscura, que salirse del estrecho camino que, dando mil vueltas, la atravesaba, e internado por ella, hubiera sido temeridad pagada con la vida, pues no sólo el atrevido caminante hubiese de fijo perdido su dirección, sino que además no hubiera tardado en ser víctima de lobos, osos, jabalíes o de cualquier otra clase de alimañas de las innumerables que en aquellos riscos tenían segura guarida.

El dueño del castillo era viudo y tenía dos hijos gemelos que, aunque tan sólo contaban quince años de edad, eran ya diestros en el difícil manejo de las armas, sin que por eso tuviesen descuidada su educación, harto brillante para aquellos tiempos y en aquellas soledades.

Un día el Barón, apasionadísimo de la caza, tuvo la desgracia de no poder refrenar su caballo, y fué a estrellarse en el fondo de un barranco. Grandes dificultades tuvieron que vencerse para sacarle de aquella hondura, y cuando a costa de inauditos esfuerzos pudo ser extraído, vieron todos, con dolor, que pocas esperanzas tenía de vida. La realidad confirmó tan tristes augurios, pues físicos y curanderos se declararon incapaces de curarle, y únicamente a fuerza de extrañas drogas lograron que volviese en sí de su desmayo.

El Barón de Alto-Roble, conociendo su fin próximo, llamó a sus hijos por señas y los recomendó con moribunda mirada a su escudero Astolfo (por otro nombre Barbilón), reuniendo sus escasas fuerzas para levantar su espada, la dejó caer sobre la espalda de sus hijos con la intención de armarles caballeros.

Aquel esfuerzo aceleró su fin, y momentos después Ricardo y Manfredo de Alto-Roble tuvieron la inmensa amargura de ver morir a su padre.



II

El Barón tenía un hermano de instintos brutales que codiciaba para sí el feudo de sus sobrinos. Así que, tan pronto como tuvo noticia de la desgracia, hizo armar en secreto a quinientos de sus vasallos, contrató mil lansquenets y partió al frente de todos.

Tal prisa se dió, que al mes justo de la muerte de su hermano pudo presentarse ante la puerta del castillo. Para no llamar la atención de la guardia hizo esconder el grueso de





su ejército tras los robustos troncos de los últimos árboles de la selva.

Su plan le salió a las mil maravillas. El puente levadizo fué bajado, y el Conde Arnaldo de Racadura avanzó a parlamentar seguido de un corto número de soldados.

Mientras él entreteneía al jefe, sus soldados, ya instruidos de lo que tenían que hacer, se abalanzaron sobre la descuidada guardia y evitaron con su peso que el puente levadizo fuese alzado de nuevo, dando así tiempo a sus compañeros escondidos de acudir a la carrera.

Los gritos de «¡Armal! ¡Armal!» resonaron por todo el castillo llamando a los guerreros al combate; pero era ya demasiado tarde para tratar de organizar la resistencia, y los pocos que lo intentaron pagaron su fidelidad con la vida. El Conde de Racadura en persona, que conocía el castillo palmo

a palmo, lo fué recorriendo al frente de sus soldados, haciéndose cargo de todo, poniendo nuevas guardias y encadenando a las antiguas.

—Esto va bien —dijo el Conde, frotándose las manos con evidente satisfacción y disponiéndose a subir al piso principal en busca de sus sobrinos.

Ya había subido dos o tres peldaños de la escalera revolviendo nuevos planes en su cabeza, cuando se sintió interpelado desde el rellano superior. Ricardo y Manfredo, seguidos de Barbilón y rodeados de una veintena de soldados, le cerraban el paso con decisión.

El Conde creía encontrar a sus sobrinos muertos de miedo, o tal vez encerrados en sus habitaciones; así es que al comprobar su serenidad se turbó no poco y hasta quiso balbucear unas frases de saludo. Pero Ricardo, llamado el Rojo por ir siempre vestido de paño de este color, no le dejó terminar, y atajándole en sus torpes palabras, le dijo con insuperable arrogancia:

—¿Desde cuándo el hermano de mi difunto padre se presenta en nuestra casa como bandido?

—La palabra es dura —dijo el Conde hipócritamente—. Yo ignoraba que mi pobre hermano hubiese fallecido; pero siendo así, me constituyo en vuestro tutor.

Jamás se oyó decir que un tutor tomase el castillo de sus pupilos por asalto, y por lo demás, llegas tarde, porque mi padre antes de morir ya nos nombró uno. En cuanto a tu ignorancia de la muerte de nuestro padre, puedo decirte que mientes, puesto que, de estar vivo, jamás tu hubieras atrevido a presentarte ante él, culpable, como eres, de traición y felonía...

—¡Niños! —gritó Racadura descompuesto por la cólera—. No me forcéis a trataros como merecen vuestras arrogantes palabras. Mi hermano ha muerto. El castillo es mío. Retiraos a vuestras habitaciones y ordenad a esos tontos que arrojen las armas al momento,

o de lo contrario no les daré cuartel.

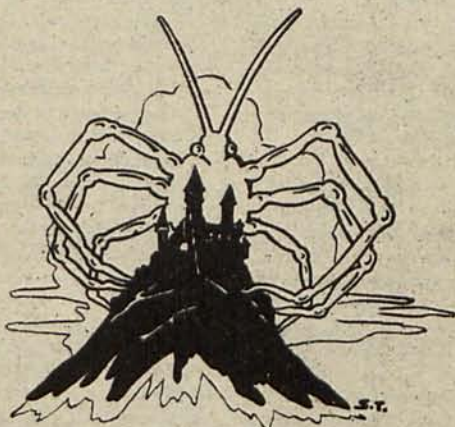
Los muchachos cambiaron una triste mirada. Toda resistencia era inútil, y comprendiéndolo así, ordenaron a sus fieles soldados que rindieran pleitesía al Conde, lo que hicieron éstos de malísima gana. Unicamente conservaron a su lado al escudero Barbilón, hombre de estatura co-

rriente, pero tan fornido, que parecía más pequeño de lo que realmente era. Mientras duró la escena anterior había permanecido al lado de sus amos, dispuesto a protegerles si llegaba el momento.

El Conde, que advirtió la maniobra y temía sus formidables fuerzas, le interpeló, procurando alejarle de los muchachos.

—Y tú, Barbilón, ¿qué haces ahí? ¿Por qué no entregas tu espada?

—¡Vaya una pregunta, Racadura! —contestó el escudero riéndose burlonamente—. Te sabía traidor y mal caballero. Lo que ignoraba es que fueses tonto. ¿Cómo quieres que entregue esta espada que me



(Continuará en el número próximo.)





# ¿QUÉ QUIERES SABER HOY?



—Vamos a ver, curioso Chonón, ¿qué quieres saber hoy?

—Hoy quiero que me hables del pelicano.

—La mayor de las aves nadadoras. De bello plumaje blanco, compuesto de plumas largas y redondeadas, amarillentas en el pecho y formando un gracioso y puntiagudo moñito sobre la cabeza. A medida que el pelicano crece va su plumaje tomando una tonalidad gris cenicienta. Su pico es también gris, y sus ojos de un color rojo vivo. Las patas y pies tienen el sonrosado color de la carne. En la garganta dispone de una gran bolsa que llena de agua les permite llevar en ella el pescado vivo durante algún tiempo.

—Si es la mayor de las aves nadadoras será de gran tamaño, ¿verdad?

—Por regla general, mide metro y medio de longitud, y su cola casi veinte centímetros. Hay pelicanos en el Centro de Europa, en casi todo Africa y en el Sur de Asia. Viven agrupados en grandes colonias, a veces tan numerosas que no es posible calcular su cifra. Baste decirte que llegan a cubrir espacios de más de dos leguas en cuadro, y cuando nadan por los ríos o por los lagos, semejan inmensas murallas blancas. Cuando salen a la ribera para secar sus plumas al sol o para dedicarse a su aseo, ocupan los árboles de forma tan compacta que desde lejos parecen éstos sobrecargados con grandes flores blancas. Se agrupan en millares, y cuando llega la estación invernal emigran del sitio donde se hallan.

—¿Viven lo mismo en agua dulce que en agua salada?

—Indistintamente; pero se fijan mucho en la profundidad, pues sólo pueden hacer presa a poca distancia de la superficie. Esto es debido a que no pueden sumergirse mucho, porque debajo del plumaje tienen una capa de aire que no les permite bajar a mucha profundidad. Lo corriente en ellos es introducir en el agua el cuello y el pico, dejando el resto del cuerpo en la superficie.

—Nadarán como los patos.

—Lo mismo que ellos, pues son también palmípedos, y con esta disposición de pies en forma de palas o de remos avanzan por el agua con bastante rapidez y agilidad. En cambio les cuesta más trabajo andar por tierra, como les sucede a los cisnes. También vuelan bastante bien, y esto les permite subir y posarse entre el ramaje de los árboles. Como su peso es bastante considerable, tienen que dar unos fuertes aleteos antes de remontar el vuelo, produciendo con las alas un ruido que se oye desde larga distancia.

—¿Tienen miedo al hombre?

—Eso depende del lugar donde habiten. En aquellas regiones en que el hombre los persigue, huyen de él; pero en otras en que no solamente no los cazan, sino que los alimentan, se muestran muy confiados, hasta el punto de aceptar los alimentos de manos del hombre, como si fuesen aves domésticas. Su carácter es muy pacífi-

co, y tan apocado que casi es cobarde. No riñe con los demás animales, y únicamente el hambre les hace sostener luchas entre ellos mismos. Las zonas donde habitan despiden en el verano un hedor insoportable a causa de las emanaciones de sus excrementos líquidos. La puesta se compone de dos o tres huevos, relativamente pequeños.

—¿Como los de gallina?

—Un poco mayores, pero muy poco, pues miden unos nueve centímetros de largo por seis de grueso, y tienen un color blanco azulado, cubiertos de una espesa capa de cal. Cuando cuidan a sus pequeños los hacen con extrema solicitud y cariño, y olvidan todos los peligros con tal de atender y proteger la vida de sus crías.

—Y dime, querido buho, ¿no comen más que peces?

—Desde luego los peces constituyen su principal alimento; pero también atacan a veces a otras aves más pequeñas que ellos. Una particularidad que ofrece el pelicano es el extraordinario desarrollo de su garganta, que es tan ancha que se puede introducir en ella un puño cerrado. Debido a este desarrollo se han encontrado en el estómago de algunos pelicanos peces de gran tamaño completamente enteros y hasta vivos. La vida de los pelicanos es completamente tranquila y muy regular. La mañana la dedican a la caza, y es cuando despliegan mayor actividad. Una vez que han comido se retiran a un banco de arena o a los árboles, donde descansan, digieren, se asean el plumaje y lo engrasan.

—¿Dices que lo engrasan? ¿Para qué?

—Esta capa grasienta que reviste sus plumas les aísla del agua y les mantiene constantemente secos.

—Es como si llevaran impermeable. Sigue adelante.

—Terminada la limpieza, descansan unas horas para que la digestión se haga con reposo, y así permanecen hasta las primeras horas de la tarde, en que remontan de nuevo el vuelo y marchan en busca de otras presas. Esta última cacería dura hasta que el sol se pone, y entonces se dirigen hacia el sitio donde han de pasar la noche, que generalmente es un banco de arena o una isla solitaria.

—¿No tienen nidos donde acostarse?

—Los nidos los hacen para criar a sus hijuelos y los construyen en sitios de difícil acceso o en islas flotantes, donde saben que hay peligro para el hombre. Emplean como material cañas y juncos entrelazados. Los alrededores de los lugares donde anidan están cubiertos de excrementos líquidos, cuyas emanaciones, unidas a las de miles de peces putrefactos, despiden un hedor insoportable.

—Será para que no se acerque nadie.

—Para eso mismo. Y oye, Chonón, debe de ser hora de terminar nuestra charla, ¿no te parece?

—Como tú quieras. La dejaremos para otro día.



## CORRESPONDENCIA



Los Pinochistas que me escriban para que les conteste en esta CORRESPONDENCIA tendrán que esperar las respuestas unos tres meses (o más cuando haya aglomeración de cartas) por la anticipación con que es necesario enviar el original a la imprenta para que recibáis la Revista sin retraso. Los que tengan prisa y deseen que les escriba en carta particular, deberán enviar con la suya cincuenta céntimos en sellos.

**Fefina y Claudina.**—Os contesto todo lo prontito que os puedo contestar. Vuestros lindos dibujitos ya están en turno para publicarse. ¿Estáis contentas? ¡Sí! Pues yo también de contar con pinochistas tan simpáticas y tan artistas como vosotras. Muchos abrazos de Pirula y mios para las dos.

**Miguel González de Miguel.**—Tu precioso cuento «Los corazones de rocas» es digno de un literato hecho y derecho. Me ha gustado muchísimo y me ha impresionado, querido Miguelito; pero... es demasiado largo para poderlo dar en la sección de Colaboración infantil. Si le quitas casi, casi la mitad, quedará en condiciones de poderse publicar. Yo ya sé que esto que te pido es algo difícil, porque todo en tu cuento es muy sustancioso; pero yo no puedo hacer otra cosa. Si pudieras estirar las páginas de mi revista, lo haría con gusto, con tal de complacer a mis queridos amigos. Pero no puede ser. Te envía muchos y apretadísimos abrazos.

**Lolita Fernández.**—Cuando leas estos renglones ya habrás visto en las páginas de mi revista los simpatísimos Colorín y Anita haciendo las delicias de los pinochistas. Con esto queda contestada tu pregunta, de forma que no puede ser más satisfactoria. Tus chistes me han hecho reír un largo rato, y claro es que a su tiempo se publicarán. Gracias por tus abrazos, que muy afectuosamente te devuelvo.

**Rosita Castillo.**—Mi monísima muñequita: Supongo ya calmada tu impa-

ciencia, pues tu obra de arte, «Un pollo mal», ya salió en las columnas de mi revista. En este momento estamos Pirula y yo contemplando tu retrato, y nos admira, nos seduce y nos confunde a los dos en el mismo éxtasis la angelical expresión de tu cara. Estamos orgullísimos de contar con el afecto de pinochistas tan lindas y tan artistas. Millones de gracias por el precioso corazóncito de trapo que le mandas a Pirula. No dudes que lo guardará en su mejor joyero: un joyerito que ella tiene dentro del pecho y donde conserva como reliquias el cariño de sus pirlindas. Mandame más dibujos, porque los haces a las mil maravillas, y recibe muchos besos de Pirula y Anita, y todo el afecto, que es muchísimo, de tu gran

*Pinocha*



# COLABORACIÓN PINOCHISTA

## DEL MES DE NOVIEMBRE

Todos los Pinochistas pueden enviarnos dibujos e historietas para publicarlos en esta sección; pero es condición indispensable que cada trabajo venga acompañado de su cupón correspondiente. Todos los meses se conceden importantes premios a los mejores trabajos publicados.



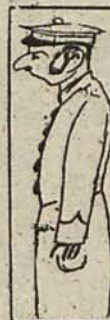
Paulino Uzcudun.  
ISIDRO GARCÍA.



Chea Pedroso.  
MERCEDITAS REY.



Una pinochista.  
TRINIDAD DE PABLOS.



Mi portero.  
CARMEN URRUTIA.



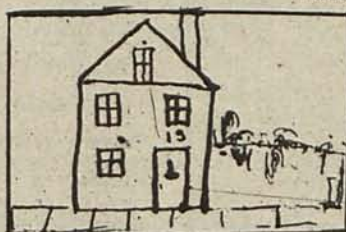
Un perro.  
F. CHAVARRI.



Una armadura.  
PEPÍN CASTELLANOS.



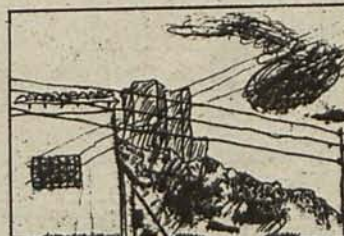
Doña Bacalao.  
ESPERANZA BADA.



La casa de Currinche.  
MERCEDITAS BOSCH.



Charitín.  
MARÍA ANTONIA ARREGUI.



El Cerro de Santa Catalina.  
CARMENCITA CASTILLO.



Un indio.  
MANUEL A. DE SOTOMAYOR.



Dibujo del natural  
MIGUEL ALMIÑANA.



Historieta.  
ALEJANDRO MIRET.



El Principe Azquiol.  
VICTOR JOSÉ GIL.



Piruquano.  
MATILDE CABELLO.



Un fantasma.  
CARMEN MALDONADO.



Flores.  
CARMEN VALDEPEÑAS.



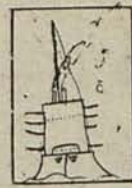
Buho.  
F. BENEDITO.



Una china.  
CARMEN VALDEPEÑAS.



Mi camarera de cuarto.  
S. VILALLONGA.



Un buque.  
JUANITO DE LA SERNA.



Dibujo.  
NIEVES BANDRÉS.



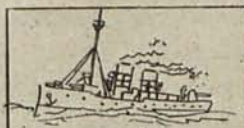
Pinocho con el gorro estudantil.  
JUAN MAZA.



Sparkito de compras.  
FERNANDO MARTÍN.



Noche de luna.  
PAQUITO A. CIENFUEGOS.



El acorazado Pinocho.  
ISIDRO FERNÁNDEZ.



Samitier.  
ENRIQUE ORA.



Viriato Ortiz.  
EDUARDO GRAU.



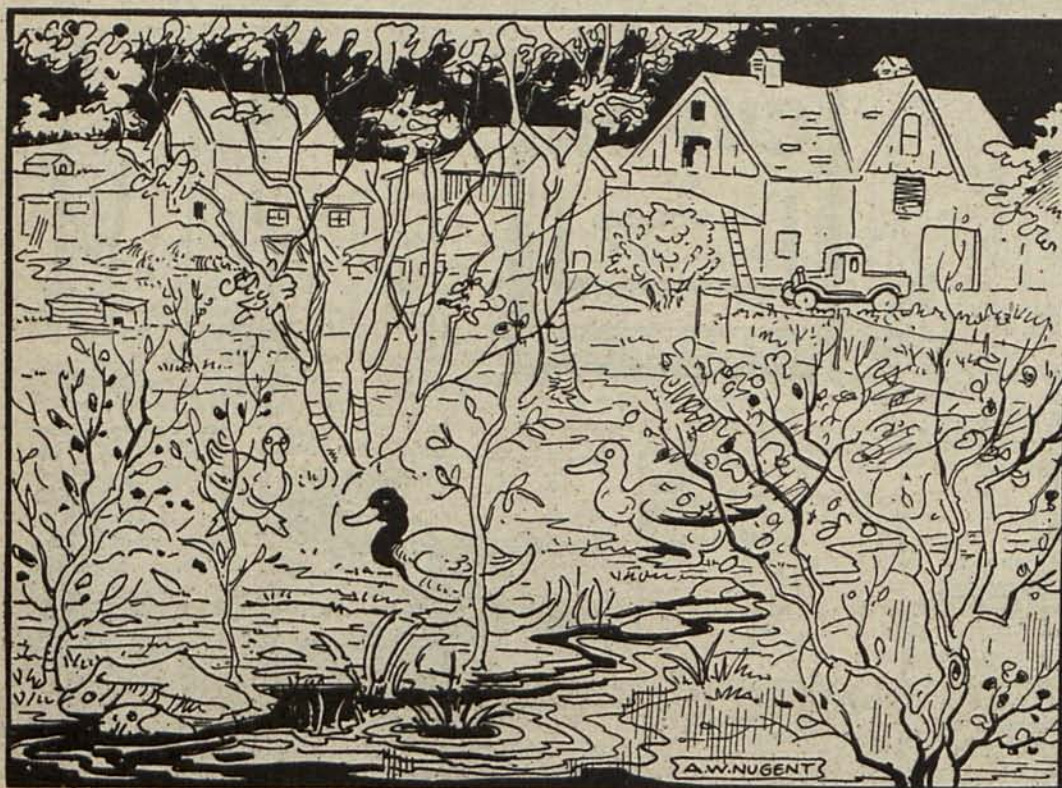
Don Turulato.  
GUILLERMO BARRERA.



# CONCURSO DE PROBLEMAS Y PASATIEMPOS DEL MES DE NOVIEMBRE

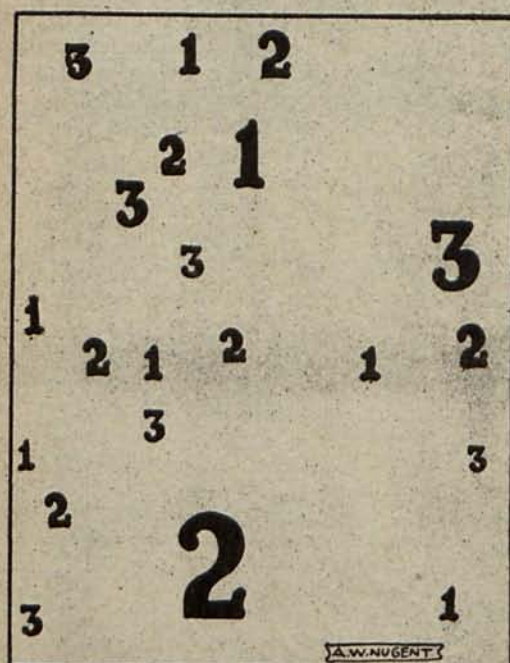
(Pueden tomar parte en este CONCURSO todos los Pinochistas. El Jurado adjudicará los premios y accésits con diploma entre los Pinochistas que nos remitan mayor y mejor número de soluciones.)

## LOS PATITOS



Aquí tenéis a estos tres pobres patitos, que están sumidos en el mayor desconsuelo porque se han quedado completamente solos en la granja agrícola. El granjero, un perro, un gato, un cochinillo y una vaca, que eran sus habituales acompañantes, se han ido y los han dejado abandonados. Pero esto sólo ha sido una broma. Todos estos personajes están viendo a los patitos desde su escondite. Vosotros, que sois tan listos, seguramente los encontraréis.

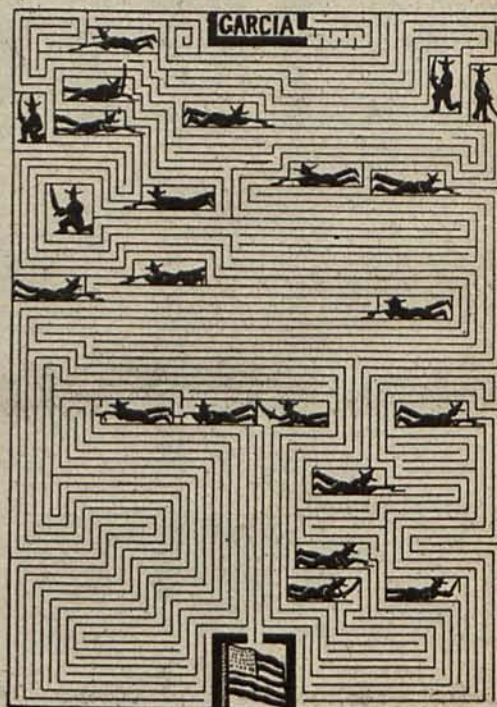
## UN, DOS, TRES



Unos soldados llegaron a un pueblo y hubo que alojarlos. Estos soldados están aquí representados por los números que veis esparcidos. Hay que trazar tres líneas rectas, de tal forma, que en cada una de las divisiones que resulten queden encerrados tan sólo un 1, un 2 y un 3.

Un soldado ha de llevar un mensaje a la posición Garcia, que está en la parte superior del dibujo. Entrará por el sitio donde se halla la bandera norteamericana, y ha de hacer su recorrido sin tener la desgracia de caer en ninguno de los pozos donde se hallan emboscados los soldados enemigos.

## EL MENSAJE





# ULTÍMOS TOMOS DE LA SERIE PINOCHO CONTRA CHAPETE

*Pinochista:*

¿Teneis todos los últimos tomos de mis incomparables aventuras y las de "Chapete que, ahora que no nos oye hay que decirlo: es malo, pero listo como siete?

Aquí os doy la lista de los últimos publicados por si os falta alguno.

Vuestro incondicional

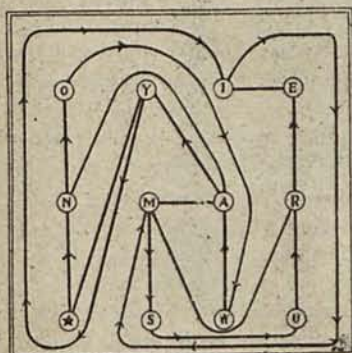
*Pinocho*

**Chapete va por lana...**  
**Pinocho en el planeta Marte.**  
**Chapete el escarabajo.**  
**Pinocho en la isla de Mentirijillas.**  
**Los tres desmayos de Chapete.**  
**Chapete, bandolero.**  
**Pinocho y el Príncipe bueno.**  
**Chapete y el Príncipe malo.**  
**Pinocho se hace Pelicano.**  
**Pinocho en el centro de la Tierra.**  
**Chapete en la isla de los animales.**  
**Pinocho y los tres pelos del mago Filomen.**

Cada tomo 1,50 ptas. en todas las librerías y en la  
EDITORIAL «SATURNINO CALLEJA», S. A.  
Calle de Valencia, 28.—Madrid.

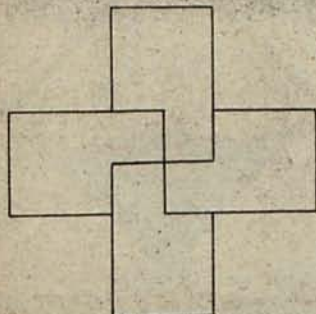
## SOLUCIONES DE LOS PROBLEMAS Y PASATIEMPOS CORRESPONDIENTES AL MES DE JUNIO NÚMEROS 172, 173, 174, Y 175

VIAJE COMPLICADO

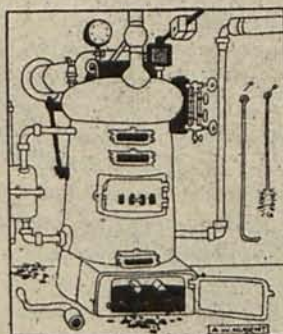


Las flechas indican la dirección del viaje.

ROMPECABEZAS



DIBUJO CON ERRORES



Al manómetro le falta la manecilla. El gancho de escarbar el fuego no está colgado en el clavo. A la puertecilla del hogar le falta la manecilla para abrirlo. A la puertecilla del depósito de carbón le falta una bisagra. El cierre de esta puertecilla no coincide con el picaporte. La llave que hay en el suelo tiene el hueco redondo.

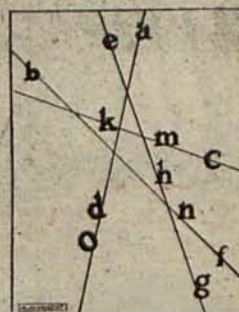
DIBUJO CON ERRORES

La borla del gorro está suelta. La campana, sin badajo. Las polainas desiguales. Los guantes, distintos. Las polainas de la niña, abrochadas en el mismo lado. Una bota con tacón y otra sin él.

LA ALQUERÍA



ROMPECABEZAS



(Continuará.)



# Sección Pirula

## CUENTOS DE PI- RULA... BORDA- DORA



*La rosa rosa del ha-  
da Blanca-Luz. (Con-  
clusión.)*—Como decia-  
mos el domingo últi-  
mo, el hada Blanca-  
Luz tuvo noticia de

que un principito había sido convertido en pez por un brujo envidioso; no menos de un día hubo de emplear, con toda su ciencia y su poder, para luchar contra el brujo, deshacer sus encantamientos y devolver al príncipe su forma humana; de las lágrimas de agradecimiento que vertió su protegido se llevó una en su regadera de plata.

El tercer día se ocupó en proporcionar toda suerte de cosas a un niño pobre; el cuarto día devolvió la salud a varios enfermos; el quinto acompañó a una madre en aventuras complicadas para encontrar a su hija, que se le había perdido; el sexto casó a un rey con una pastora y a una reina con un leñador; el séptimo...

En fin, que cada día el hada, siguiendo su costumbre, hacía un bien y cada vez recogía una lágrima y la guardaba en su regadera. Y cada día pensaba: «Mañana me ocuparé de mí y de la maravilla con la cual he de ganar el corazón de Lucero». Pero como siempre decía *mañana* y en cambio *hoy* pertenecía a los demás, transcurrieron así trescientos sesenta y cuatro días sin que hubiera hecho nada a favor suyo.

La pobre Blanca-Luz se dió cuenta de que debía renunciar a sus esperanzas, vertió a su vez una lágrima que acabó de llenar la regaderita de plata; tristemente, plantó un rosal ante su palacio, lo regó con el contenido de la regadera y se acostó. Al día siguiente ante su puerta se erguía una rosa, divina de color y de perfume. Blanca-Luz se la prendió al talle y se encaminó en su carroza de nácar hacia el palacio de la soberana.

Fué una fiesta inolvidable aquella en que, ante la reina y el príncipe, cada una de las hadas fué a presentar su correspondiente maravilla; se vieron las cosas más extraordinarias del mundo: un collar hecho con estrellas del cielo y un vestido tejido con un rayo de luna; un mirlo blanco y un ramo de azucenas negras; lumbré que no quemaba y agua seca; los dientes de una gallina, las plumas de un besugo y la melena rubia de una rana encarnada; ¡qué sé yo!

Su Majestad Regina Unica estaba perpleja para elegir entre tantas maravillas, cuando advirtió que una de sus súbditas no le entregaba nada.

—¿Qué es esto, Blanca-Luz?—dijo severamente.— ¿Nada me traes? ¿Tan poco interés tenías en ser mi nuera?

—Señora —murmuró Blanca-Luz trémula y temblorosa— perdonadme;

en mi humildad, sólo he sabido plantar un rosal y sólo os puedo ofrecer una flor que nada, en verdad, tiene de particular.

La reina cogió la rosa y, como en efecto, nada tenía de particular, la dejó caer a sus pies; Lucero la recogió, la olió y, no sé por qué —no lo sé, pero lo adivino—, puso un beso en los delicados pétalos perfumados; y entonces de la flor salió una vocecita dulce y vibrante que dijo:

—He nacido de trescientas sesenta y cuatro lágrimas.

Y contó las trescientas sesenta y cuatro buenas acciones que Blanca-Luz había llevado a cabo en un año menos un día. Cuando terminó, la reina preguntó a las demás hadas:

—Y vosotras, ¿qué habéis hecho por los hombres? ¿Cómo habéis cumplido este año vuestro deber mágico?

—Nosotras —contestaron— no hemos tenido tiempo para pensar en nuestro deber, ni en los hombres; harto hemos hecho con ocuparnos del encargo de Vuestra Majestad.

La soberana quedó algo confusa; bajó la vista, y su mirada tropezó con la de su hijo, que la miraba;

y no necesitó siquiera coger su espejo encantado que reflejaba las almas blancas, ni calarse sus gafas mágicas con las cuales veía los pensamientos; porque era madre, más aún que por ser hada, adivinó lo que quería decir aquella mirada del príncipe Lucero y vió cuánta belleza había en el alma de Blanca-Luz.

Y las maravillas sorprendentes que la rodeaban, se le parecieron

insignificantes junto a aquella rosa, regada con trescientas sesenta y cuatro lágrimas de agradecimiento.

Así acabó la abuelita su cuento; y tampoco ella necesitó añadir que Blanca-Luz y Lucero se casaron y vivieron felices; sus nietos lo comprendieron muy bien, porque todos habían leído muchos cuentos.

Y comprendieron también que con su cuento la abuelita quiso recordarles que, para una abuela o unos papás, lo mismo que para una reina o una hada, el más apreciable de los regalos es la bondad.

Pero esto no impide tampoco que los obsequios de sus nietos le parecieran admirables, y lo fuesen en efecto. En esta plana, os presento para que juzguéis de ellos, alguna de aquellas labores que recibió la abuelita Severa el día de su santo.

La mayor, Lina, toda una señorita de catorce años, no había vacilado en fabricar con sus propias manos un monedero de ante color café, finamente bordeado con cuentecitas de oro. El regalo de la segunda, Paquita, consistía en un magnífico almo hadón que reproducía la figura de Negrín, el gato de la abue terciopelo negro, recortado sobre un paño ranja, bordado de tal suerte que parecía en el cual suele dormir el mimado fe Margot, ofreció una pantalla de cretona florida, adornada con estrechas cintas de terciopelo que unían entre sí, formando un enrejado, pequeños «bouquets» de la estampa. En cuanto a la pequeña Totó, bordó el ad lero en la esquina de una servilleta, que la guardará para lucirla con orgullo en sus comidas de gala.

